



Domigo XXIX, Tiempo Ordinario - A

El corazón del hombre solo pertenece a Dios

Comentarios preparados por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Is 45,1.4-6: *Ciro doblegará las naciones*

Salmo 95: *Aclamen la gloria y el poder del Señor*

1Tes 1,1-5b: *Recordamos su fe y su amor*

Mt 22,15-21: *Den a Dios lo que es de Dios*

« Den a Dios lo que es de Dios »

En aquel tiempo, se reunieron los fariseos para ver la manera de hacer caer a Jesús, con preguntas insidiosas, en algo de qué pudieran acusarlo.

Le enviaron, pues, a algunos de sus secuaces, junto con algunos del partido de Herodes, para que le dijeran:

«Maestro, sabemos que eres sincero y enseñas con verdad el camino de Dios, y que nada te arredra, porque no buscas el favor de nadie. Dinos, pues, qué piensas: ¿Es lícito o no pagar el tributo al César?»



Conociendo Jesús la malicia de sus intenciones, les contestó:

«Hipócritas, ¿por qué tratan de sorprenderme? Enseñenme la moneda del tributo».

Ellos le presentaron una moneda. Jesús les preguntó:

«¿De quién es esta imagen y esta inscripción?»

Le respondieron:

«Del César».

Y Jesús concluyó:

«Den, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

Palabra del Señor

El emperador no es Dios, y nunca lo será

Primera Lectura

En la primera lectura nos encontramos ante un texto que se encuentra ubicado en lo que se llama el «Segundo Isaías» o «libro de la consolación» del pueblo de Israel. Este dato, aparentemente simple, nos permite entrar al texto desde una clave de interpretación especial. Isaías, el profeta del juicio y el castigo, siempre tiene al final una palabra de ánimo, de esperanza, de consolación, sobre todo en estos tiempos en los que las propuestas alternativas son buscadas por el sistema globalizante para eliminarlas.

YHWH habla a Ciro –una persona que «no conoce a Dios», insiste el texto– y le habla, para encomendarle una misión. Es decir: el no conocer a Dios no es una limitación para ser llamados por Dios a una misión, y la de Ciro va a ser la de anunciar palabras de consuelo. El monopolio de la elección de Dios por parte de solo un pueblo entre todos los pueblos de la humanidad, se desdibuja ante este relato del profeta. Constatamos que un «no judío» puede servir también de mediación adecuada para la actuación de Dios. En buena parte, eso es una gran novedad.

Segunda Lectura

En Pablo, la realidad que Isaías presenta como alianza es elección en comunidad («tenemos presente la obra de su fe, los trabajos y sobre todo la tenacidad de su esperanza»): Son las palabras de Pablo y compañía a la comunidad que se reúne en Tesalónica, quienes se dejan guiar por la acción del Espíritu Santo...

Evangelio

El evangelio de Mateo –el más comentado en la historia de la iglesia y a la vez el evangelio del cual se ha hecho la interpretación más dogmática y espiritualista– es el marco de un texto polémico en un contexto social en el que se divinizaba al Emperador. El evangelio de Mateo es la primera síntesis de la tradición judía y cristiana después de la destrucción del templo de Jerusalén en la guerra de los años 66-74 d.C. El fragmento que hoy leemos forma parte de una serie de controversias entre Jesús y los fariseos (y otros grupos) sobre temas como el tributo, la resurrección de los

muertos, el mandamiento principal, el hijo de David... Todas estas controversias tienen como telón de fondo la confrontación de Jesús con la ley romana.

Bajo el tema del tributo, una realidad que sufrían las comunidades cristianas (en las que se fue elaborando el texto del evangelio) bajo el dominio del imperio romano, el pueblo de Israel –que siglos antes había soñado una sociedad como confederación de tribus, en la que el único Señor fuese Dios, el Dios de la liberación–, vive ahora las consecuencias de una monarquía que exprime al pobre para sostener su estructura. Los más pobres son los más afectados por la política fiscal, pues la tasación recaía más directamente sobre los que trabajaban la tierra, campesinos o inquilinos.

Pero yendo un poco más allá del tributo, fijémonos en la figura del Emperador. Roma cargaba sobre sí la influencia del mundo religioso de Egipto y Grecia. La relación de los romanos con estos dioses forma parte de la estructura ordinaria y cotidiana de la vida social: se entendía al Emperador como un dios; Roma era una teocracia.

Las comunidades cristianas que habían optado por otra forma de entender la relación con Dios, con el Dios de Jesús, con el Abba, no podían entender cómo el emperador se presentaba como Dios, y se enfrentan a la religión oficial optando por lo alternativo, que en este caso es la propuesta de vida en pequeñas comunidades de hermanos y hermanas.

Ante esta realidad, la comunidad cristiana busca en la experiencia vivida con el maestro y nos trae al escenario esta frase que ha conseguido ser aceptada como adagio popular: «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Por tanto, ya en los albores de la reflexión de la comunidad está la conciencia de que el emperador no es Dios, y nunca lo será, porque Dios es amor, justicia, amor, igualdad... valores ausentes en cualquier imperio, de cualquier época.

Con el correr del tiempo, lo que es alternativo se transforma en oficial, y se hace necesario reemprender el camino de la creatividad, de la renovación, de lo alternativo.

En la actualidad no hay emperadores que se presenten como Dios, pero sí nos encontramos con ciertas estructuras religiosas monárquicas e imperiales que lejos de reflejar la vivencia de la comunión entre los hermanos y hermanas, pretenden imponer la explotación de los pobres al mejor estilo del imperio. Por eso, al leer este texto desde el hoy, tenemos que decir con voz profética: «a la estructura oficial religiosa lo que es de ella» y

«a Dios lo que es de Dios», o sea, «a Dios Padre y a su Reino toda nuestra entrega y fidelidad».

El evangelio de Mateo con su fuerza eclesiológica renovadora, nos impulsa a trabajar incansablemente por una iglesia más cercana a la propuesta de Jesús, más centrada en las personas, en las relaciones entre los hermanos, y menos pendiente de la norma y estructura, que cuya atención no puede ponerse por encima de la Justicia y de la defensa de los pequeños, los predilectos de Dios.

Pandemia, laicos y conversión

La Pandemia es un llamado de Dios a los laicos, representados en Ciro, quien dejó sus propios ídolos para liderar la liberación de la esclavitud del pueblo de Dios, que no era el suyo, pero sí tenía la experiencia de vivir bajo el sufrimiento de los ídolos. Lo nuestro es distinto en cuanto que los pobres están sumando la mayoría de las víctimas, sin tener la culpa, del coronavirus; Dios quiera que sepamos acompañar para poder compartir; trabajar para poder estudiar es lo máximo en el compartir.

Ciro fue enviado por el dios Marduk (texto que data del 539 a.C.), para buscar por todos los países del mundo un príncipe, que fuera recto en todas sus acciones como lo era el mismo Marduk, quien a Ciro le hizo tomarse a Babilonia sin combate para su liberación. Marduk, el gran señor, decía a Ciro: repatriarás por mis manos a los dioses; así se alegrará de mis buenas acciones. Yo traeré los dioses a sus lugares, yo haré que todos los países habiten en una morada de reposo. Este profeta de Marduk, Ciro, al año de entrar en Babilonia (539), escribió un edicto para autorizar a los pueblos exiliados como Israel retornar a sus países de origen. Esta es una novedad histórica cuya interpretación y anuncio originan el segundo Isaías (44,26-45,4).

Ciro es un pagano victorioso a quien Dios hace profeta para salvar a Israel. A Ciro le deben la beatificación. “Aunque no me conoces, de mí recibes la investidura, para que se sepa de oriente a occidente que no hay nadie más fuera de mí. Yo soy el Señor y no hay otro” (primera lectura).

A Israel, como a nosotros, le dio mucha dificultad aceptar que un laico fuera su mesías, cuando se les había profetizado que vendría de los judíos. Es algo inaudito que en la historia de salvación de Israel YHWH escoja a un rey extranjero, laico y político, para salvar a su pueblo, y lo llame “ungido” por

la misión que le confía. Ciro supo responder, no ya a Marduk, sino a YHWH, para que sus acciones políticas procuraran el retorno a la tierra prometida. (a. 538). El primer éxodo estuvo bajo la guía de Moisés, que no era judío; el segundo bajo la orientación de Ciro, político convertido de Marduk a YHWH, “el único Señor ante tantos ídolos”; y el tercer éxodo definitivo, llamado Pascua, bajo la inspiración de Dios Padre, por Jesús, muerto y resucitado, que también era laico, cuyo Espíritu está en nosotros por el Bautismo para conducirnos a la tierra prometida del cielo, como pueblo de Dios en exilio.

La figura de Ciro, como escogido de Dios, responde a una original lectura del evangelio de hoy, a partir del cual se quiere separar a Dios de la vida pública, dejando la sociedad civil al margen de la fe, en manos del estado y la política. No es que lo religioso sea el tema de Dios y lo político un asunto único del estado; tampoco se trata de dos poderes en lucha, porque Dios es Dios y el César la política y el estado, no son Dios; porque “hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del Cesar” (evangelio).

Un signo de nuestra situación de extranjeros, pasando por la tierra, son los impuestos más que los servicios que nos retribuyen, sobre todo cuando media la corrupción. En Israel todos los que recaudaban los impuestos para enviar a Roma eran ricos por sustracción de materia. Los partidarios de Herodes, llamados herodianos, no podían estar en contra de los impuestos a su emperador romano por tratarse del mayor signo de reconocimiento y sometimiento al mismo tiempo. Hacer lo contrario sería someterse a la voluntad del Dios de Israel. El solo uso de la moneda con la efigie del emperador, llena de símbolos políticos y religiosos, ya denotaba una dependencia de Roma. Jesús no tenía monedas romanas por ser pobre. Los fariseos, por no encontrarse con Jesús, enviaron a unos seguidores para hacerle una pregunta capciosa en todo sentido: “Maestro, sabemos que eres sincero y enseñas con verdad el camino de Dios, y que nada te amedrenta porque no buscas el favor de nadie; dinos pues qué piensas: ¿Es lícito pagar o no pagar tributo al Cesar?” (evangelio). Conociendo Jesús la malicia de sus intenciones, les contestó: “hipócritas, ¿Por qué tratan de sorprenderme? muéstrenme la moneda del tributo”. Lo lícito para Jesús es dar al César lo que es del César, es decir, lo que le pertenece y se le debe; y a Dios lo que es de Dios, la obediencia en la fe para seguirlo en Jesucristo.

El César podía imprimir su imagen sobre las monedas para ganar dinero, pero no imprimirlas sobre el hombre por ser imagen de Dios. La moneda del impuesto llevaba acuñada la efigie del emperador, a quien pertenecía; en cambio el hombre lleva en el alma la imagen de Dios como signo de su pertenencia: “Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó;

varón y hembra los creó” (Gn 1,27). “Yo te he llamado por tu nombre y tú me perteneces” (Si 43,1). No es poca la distancia y diferencia entre Roma, destrucción del hombre, y la creación del hombre por el poder de Dios en el Génesis. Si bien es cierto que el César tiene derecho a recaudar impuestos, el corazón del hombre solo pertenece a Dios; lo que no es cierto es que el César y Dios se compartan derechos sobre el hombre, pues el único dueño del hombre es Dios. Esta convicción la confirman tres laicos en el primer escrito del Nuevo testamento (carta los tesalonicenses, año 51): “Que Dios les conceda su amor y su paz. Al mencionarlos en nuestra oración y a diario recordarlos ante Dios padre, por su fe tan activa, su amor tan sacrificado y su esperanza en Cristo, tan firme en el sufrimiento. Sabemos que el evangelio que les llegó a ustedes no solo fue con palabras, sino con el poder de Dios, la fuerza del Espíritu Santo y la plenitud de los dones divinos” (segunda lectura).

¿A quién pertenezco yo?

Papa Francisco, Ángelus en la Plaza de San Pedro, 22 de octubre de 2017



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (*Mateo 22,15-21*) nos presenta un nuevo cara a cara con Jesús y sus opositores. El tema afrontado es el del tributo al César: una cuestión «espinosa», acerca de la legalidad o no de pagar los impuestos al emperador de Roma, al que estaba sometida Palestina en el tiempo de Jesús. Las posiciones eran diversas. Por lo tanto, la pregunta que hicieron los fariseos: «¿Es lícito pagar tributo al César o no?» (v. 17) constituye una trampa para el Maestro. De hecho, según como hubiera respondido, podría haber sido acusado de estar a favor o en contra de Roma.

Pero Jesús, también en este caso, responde con calma y aprovecha la pregunta maliciosa para dar una enseñanza importante, elevándose por encima de la polémica y de las formaciones opuestas. Dice a los fariseos: «Mostradme la moneda del tributo». Estos le presentan el dinero y Jesús, observando la moneda, pregunta: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?» Los fariseos solo pueden responder: «De César». Entonces Jesús concluye: «Dad entonces al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (cf v. 19-21). Por un lado, al insinuar devolver al emperador lo que le pertenece, Jesús declara que pagar el impuesto no es un acto de idolatría, sino un acto debido a la autoridad terrenal; por el otro —y es aquí

donde Jesús da el «golpe maestro»— reclamando el primado de Dios, pide que se le rinda lo que le espera como Señor de la vida del hombre y de la historia.

La referencia a la imagen de César, incisa en la moneda, dice que es justo sentirse ciudadanos del Estado de pleno título —con derechos y deberes—; pero simbólicamente hace pensar en otra imagen que está impresa en cada hombre: la imagen de Dios. Él es el Señor de todo y nosotros, que hemos sido creados «a su imagen» le pertenecemos ante todo a Él. Jesús planteó, a partir de la pregunta hecha por los fariseos, una interrogación más radical y vital para cada uno de nosotros, una interrogación que podemos hacernos: ¿a quién pertenezco yo? ¿A la familia, a la ciudad, a los amigos, a la escuela, al trabajo, a la política, al Estado? Sí, claro. Pero antes que nada —nos recuerda Jesús— tú perteneces a Dios. Esta es la pertenencia fundamental. Es Él quien te ha dado todo lo que eres y tienes. Y por lo tanto, nuestra vida, día a día, podemos y debemos vivirla en el reconocimiento de nuestra pertenencia fundamental y en el reconocimiento de corazón hacia nuestro Padre, que crea a cada uno de nosotros de forma singular, irrepetible, pero siempre según la imagen de su Hijo amado, Jesús. Es un misterio admirable. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente con las realidades humanas y sociales sin contraponer «Dios» y «César»; contraponer a Dios y al César sería una actitud fundamentalista. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente en las realidades terrenales, pero iluminándolas con la luz que viene de Dios. El confiarse de forma prioritaria a Dios y la esperanza en Él no comportan una huida de la realidad, sino restituir laboriosamente a Dios aquello que le pertenece. Por eso el creyente mira a la realidad futura, la de Dios, para vivir la vida terrenal con plenitud y responder con coraje a sus desafíos.

Que la Virgen María nos ayude a vivir siempre en conformidad con la imagen de Dios que llevamos en nosotros, dentro, dando también nuestra contribución a la construcción de la ciudad terrenal.

Los pobres son de Dios

P. José Antonio Pagola

A espaldas de Jesús, los fariseos llegan a un acuerdo para prepararle una trampa decisiva. No vienen ellos mismos a encontrarse con él. Les envían a unos discípulos acompañados por unos partidarios de Herodes

Antipas. Tal vez, no faltan entre estos algunos poderosos recaudadores de los tributos para Roma.

La trampa está bien pensada: “¿Es lícito pagar impuestos al César o no?”. Si responde negativamente, le podrán acusar de rebelión contra Roma. Si legitima el pago de tributos, quedará desprestigiado ante aquellos pobres campesinos que viven oprimidos por los impuestos, y a los que él ama y defiende con todas sus fuerzas.

La respuesta de Jesús ha sido resumida de manera lapidaria a lo largo de los siglos en estos términos: “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Pocas palabras de Jesús habrán sido citadas tanto como éstas. Y ninguna, tal vez, más distorsionada y manipulada desde intereses muy ajenos al Profeta, defensor de los pobres.

Jesús no está pensando en Dios y en el César de Roma como dos poderes que pueden exigir cada uno de ellos, en su propio campo, sus derechos a sus súbditos. Como todo judío fiel, Jesús sabe que a Dios “le pertenece la tierra y todo lo que contiene, el orbe y todos sus habitantes” (salmo 24). ¿Qué puede ser del César que no sea de Dios? Acaso los súbditos del emperador, ¿no son hijos e hijas de Dios?

Jesús no se detiene en las diferentes posiciones que enfrentan en aquella sociedad a herodianos, saduceos o fariseos sobre los tributos a Roma y su significado: si llevan “la moneda del impuesto” en sus bolsas, que cumplan sus obligaciones. Pero él no vive al servicio del Imperio de Roma, sino abriendo caminos al reino de Dios y su justicia.

Por eso, les recuerda algo que nadie le ha preguntado: “Dad a Dios lo que es de Dios”. Es decir, no deis a ningún César lo que solo es de Dios: la vida de sus hijos e hijas. Como ha repetido tantas veces a sus seguidores, los pobres son de Dios, los pequeños son sus predilectos, el reino de Dios les pertenece. Nadie ha de abusar de ellos.

No se ha de sacrificar la vida, la dignidad o la felicidad de las personas a ningún poder. Y, sin duda, ningún poder sacrifica hoy más vidas y causa más sufrimiento, hambre y destrucción que esa “dictadura de una economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano” que, según el papa Francisco, han logrado imponer los poderosos de la Tierra. No podemos permanecer pasivos e indiferentes acallando la voz de nuestra conciencia en la práctica religiosa.